

XXIX PREGÓN DE LA
HERMANDAD
SACRAMENTAL DE
SANTIAGO APÓSTOL

Castilleja de la Cuesta

A cargo de Víctor López López

5 de marzo de 2017

Abre, Señor, mis labios
y mi boca pronunciará tu alabanza.
Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,
como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Corría la tarde del Viernes Santo del año del Señor de 1567 en Castilleja de Santiago; tarde gris que preludiaba la más negra de las noches, cuyo espeso velo de oscuridad cubriría hasta volver opaco el argénteo fulgor de la luna llena de Parasceve. Desde la hora sexta, inquietas las aves, como el ruiseñor en la enramada, y las bestias de aquel ganado que hubo estado arrecido y quieto la noche del Nacimiento, dejaban notar en sus lastimeros sonidos que presagiaban la venidera tempestad que habría de desatarse. Llegada su fiereza en la hora nona, el viento azotaba los ásperos muros del templo del Señor Santiago, empapándose con la copiosa lluvia que a la vez formaba en toda la cerca de la plaza un furioso torrente que desbocado corría calle abajo por las empinadas cuestas que conducían a los confines del viejo señorío de la villa.

Y pasadas las tinieblas que envolvieron la tierra desde sexta a nona, se apaciguaron los cielos y los últimos rescoldos ardientes del sol se hincaron como un puñal en el horizonte por poniente, desgarrando desde la vieja Onuba las nubes plomizas que se desangraban en un inmenso reguero; como si el romántico pintor de tan resignado ocaso hubiese enjuagado en el agua turbia su pincel impregnado de carmesí. Los soplos del viento, venido a menos y como un eco de la tormenta, traían pequeñas gotas de agua que arrancaban de los llorosos tejados y que se clavaban en el rostro y en el alma como virutas de cristal.

Estaba próxima ya la hora de vísperas cuando llegó a la plaza una luctuosa y acongojada corte que deambulaba buscando la sepultura de su malogrado Rey, como aquella pobre reina Juana de Castilla con el féretro de su difunto y hermoso marido. Encabezaban el cortejo dos santos varones que cargaban en sus hombros sendas escaleras y el ácido reflujo del trago amargo de la resignación. A éstos seguían dos santas mujeres tocadas con velo de riguroso respeto y deshechas en llanto; que si bien habían recibido la exhortación de enjugar sus lágrimas por el finado y preservarlas para los suyos, regaban con ellas todos los leños secos y caídos que crujían bajo sus pisadas, los cuales al tiempo reverdecían y trasminaban sus aromáticas esencias. Una tercera mujer, más joven y bella que las anteriores, pecadora, cuyo cabello al descubierto era agitado por el viento mientras éste se prendía de su perfume, más que el de las propias hierbas, venía azotándose la curvatura de su desnuda espalda con tales ansias que las hebras de madeja disciplinaria silbaban al cortar el aire. Y cerrando la fúnebre comitiva, un joven casi adolescente soportaba en su brazo el dolor contenido de una cuarta y celestial Señora, que no solo superaba en belleza a las otras tres, sino a todas las criaturas del orbe y, aunque parecía ser la viuda y huérfana madre del finado y tendría por ello que contar ya cerca de la cincuentena de años, no parecía que la corrupción de la carne mortal ni el desgarró de su quebranto hubieran hecho mella en su angélica

apariencia. Su rostro permanecía absorto en un regio hieratismo y toda la fuerza de su sentimiento apenas podía traslucirse por el candor de su baja mirada, como concentrada en el punto de fuga de tal funesta pintura.

Llegada la fúnebre compañía a esta casa de Dios, uno de los dos santos varones, el de más nobles y ricas vestiduras, golpeó tres veces la tosca madera de sus puertas y seguidamente exclamó en alto:

–Venimos a dar Santo Entierro a Cristo, según la séptima de las obras corporales de misericordia, en esta villa de Castilleja de los caballeros de Santiago.

Los cuervos que oteaban la trágica escena desde las torres del templo y la hacienda aledaña, como presagiando en el aire el olor a muerte con su carroñero isntinto, rompieron con sus graznididos los instantes de lúgubre silencio que pasaron antes de que el grave y metálico arrastrar del férreo cerrojo espantara a las funestas aves y se abrieran las pesadas puertas chirriando sobre sus bisagras. De las oscuras entrañas de la nave de la iglesia surgieron tres figuras ensotanadas en sendos hábitos: blanco y sucio el primero con capa y una gran cruz de Santiago, entre gris y pardo el segundo con un cordón de tres nudos, y teñido de sangre seca el tercero. El santo varón extrajo de los pliegues de sus ricos vestidos el pergamino enrollado que tendió al primero y más anciano de aquellos tres ensotanados:

–He aquí la licencia de su sepultura, que yo mismo he copiado de mi puño y letra en el convento de los frailes caballeros de Santiago de la Espada de Sevilla, según la que poseen los hermanos de la cofradía que allí reside.

–Quiera Dios que los caballeros de Santiago, así en Castilleja como en Sevilla, den Santo Entierro a Cristo –respondió el ensotanado de blanco, tomando el pergamino–. Tengo por nombre Santiago, como el Santo Apóstol, patrono y adalid de la España cristiana; y por edad, casi dos siglos, los que cuentan ya de aquel glorioso año del Señor de 1370. Mis ancestros bajaron desde la vieja y austera Castilla hasta esta tierra, que les fuera concedida a los nobles caballeros de aquella roja insignia. Caballero de la Orden de Santiago fui y cabalgando seguí el trote del blanco corcel que soñara un rey en sus desvelos por reconquistar España a los infieles. Mas quiso Dios que mi espada dejara para tomar el camino a cuyo principio me había conducido; pues, si bien Dios nos hizo a los hombres a su imagen y semejanza, bien nos viene demasiado grande esa divina escala a los pecadores y, de tal modo como hubiera emprendido la senda hacia Tierra Santa o Roma, dirijo mis pasos hacia el sepulcro de Santiago el Mayor en Compostela, prestando mi protección a quienes allí peregrinan. Por equipaje no traigo más que una fuerte vara, que, como mi fe, me sostiene en el pesado caminar hacia el Campo de las Estrellas; una seca y ahuecada calabaza, con el agua que ha de calmar mi sed cuando el frescor de su limpia transparencia llene el seno de mi concha peregrina; un viejo zurrón de pastor, con un rosario cuyas cuentas han desgranado mis dedos, gastándose a la vez que mis labios en la oración; y un farol, con el que Dios me ilumina cuando las tinieblas de la noche oscura del alma no me dejan ver el sendero luminoso que surca los cielos.

En mil doscientos sesenta
y siete, fecha de gloria,
el rey Alfonso partió
en dos la Castalla mora;
con una parte quedó
y le fue dada la otra
al tío Rodrigo Alonso,
con su torre defensora;
mas Rodrigo que anhelaba
una heredad en Zamora
por tierras de Benavente
la cedió sin más demora
a la Orden de Santiago
comenzando así esta historia.

Los caballeros guerreros
que repoblaron la zona
trajeron hasta esta tierra
sus reliquias más gloriosas.
Primero, la fe cristiana,
una, santa y apostólica,
con que asistieron al rey
en la reconquista heroica
de la ciudad de Sevilla
después de tomar Carmona.
Desde entonces y por siempre
Castilleja fue católica
por la Orden de Santiago
y su hazaña valerosa.

También con la fe trajeron
una insignia blanca y roja
con esa cruz en el medio
que otorgase sus victorias,
una cruz como una espada
para Dios batalladora:
arriba, la empuñadura,
abajo, en punta, la hoja,
y rematados los brazos
en sendas flores honrosas
se hizo la cruz de Santiago,
el símbolo de sus tropas
que aquí dejaron impreso
con su bandera dichosa.

En mil trescientos setenta,
al ver esta tierra sola,
pusieron a un caballero
para su guarda y custodia,
quien fue el Apóstol Santiago,
que en Compostela reposa
y en sueños se apareciera
al rey Ramiro y sus tropas
sobre un albino corcel
para ganar sin demora
la batalla de Clavijo
al emirato de Córdoba
y ser Patrón para siempre
de esta España que le honra.

Y dieron las cartas puebla
de privilegios y normas
para asentar en la villa
su gente repobladora,
fundaron su cofradía
por dar sepultura y honras
que fue de todas primera,
la más antigua y remota;
por eso su patronazgo,
de raíz por sí canónica,
jamás pagó renta alguna,
teniendo de aval la historia,
por ser Patrón y vigía
del pueblo y sus calles todas.

Y ya en el mil cuatrocientos
noventa y cuatro fue otra
la cofradía fundada
para mayor honra y gloria
de Jesús Sacramentado
en el bláncor de la hostia;
primero tuvo hospital,
luego asentó en la parroquia,
fue su nombre Vera Cruz
de Santiago y a la hora
de tiniebla el Jueves Santo
por sus almas pecadoras
la penitencia cumplía
entre flagelos y sogas.

Bendigamos al Señor;
demos gracias a Dios.

Trescientos años después
del principio de esta historia,
en mil quinientos sesenta
y siete, bajo estas bóvedas
fundaron una tercera
que vino a cambiar las tornas:
la hermandad del Santo Entierro
de Cristo y Nuestra Señora
en su Soledad; que hacía
el Descendimiento otrora
con un sermón en la plaza
el Viernes Santo a hora nona
terminando en procesión
con su Virgen dolorosa

y con ella festejaban
la Resurrección gloriosa
y a la fundada en Sevilla
le era así igual en sus formas
Y fue esta imagen bendita
tan venerada y devota
que hasta las dos cofradías,
la Vera Cruz y esta otra,
Jueves Santo y Viernes Santo
la sacaron como propia
y en mil pleitos se enzarzaron
y tras mucho obrar en contra
con la hermandad de Santiago
fundieron en una sola.

Luego vinieron las misas
por las almas generosas
con testamentos y herencias,
también su capilla propia,
el paso del duelo, el palio
las sayas y las coronas,
los mantos y los fajines,
los encajes y las joyas,
el simpecado y las marchas,
y el sombrero de pastora
de esa Virgen coronada
que en su Soledad grandiosa
por cuatro siglos y medio
la misma ha sido hasta ahora.

Señor, ven en mi auxilio;
date prisa en socorrerme.
Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,
como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Reverendo Señor Cura Párroco y Director Espiritual.
Señor Hermano Mayor y compañeros oficiales de la Junta de Gobierno
de esta nuestra Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol.
Excelentísima Señora Alcaldesa.
Hermanos, devotos, familiares y amigos.

–Denle, pues, a Cristo sepultura y que su desolada Madre se hospede en este templo –habló el caballero de Santiago.

–De ninguna manera, muy señor mío –exclamó el ensotinado del hábito manchado de sangre seca, que portaba en sus manos la misma madeja disciplinaria que la bella pecadora mujer del cortejo fúnebre con la que venía azotándose la espalda–, de ninguna manera; pues ya hay cofradía en esta iglesia, y, por haber, también lo hay, hospital de desamparados en esta villa.

–¿Y quién es usted, señor, que cubierto de sangre y en casa de Dios le niega Santo Entierro a Cristo y amparo a su bendita Madre? –le reclamó el segundo santo varón, que, sin acertar a reprimirse, rompió súbitamente el silencio que hasta entonces había guardado con prudencia.

–Yo soy cofrade de la Santa Vera Cruz de esta iglesia del Señor Santiago; yo soy el rigor de la penitencia, la purga del pecado de la ofensa a Dios que los hermanos pobres de nuestro padre san Francisco infundieron en las pecadoras almas de los moradores de esta villa, quienes hace un siglo se erigieron en cofradía en el hospital de la calle de los Hayanes para honrar en culto de adoración a Jesús Sacramentado y para pagar por sus innumerables afrentas contra Él mediante la pública disciplina. La Señora, pues, que ni es viuda ni huérfana, more en el Hospital del Corpus Christi; y, si en tal caso ustedes la trajeren a esta iglesia, pertenezca entonces a la cofradía del Santísimo Sacramento y de la Santa Vera Cruz, moradores de esta su casa.

–No os ciegue, hermano penitente, la insaciable sed de rigor –intercedió el caballero de Santiago–; pues, si los pecados ajenos no perdonáis, ¿cómo Dios ha de absolver los vuestros? Pocos años pasan aún como para que vuestra memoria, hasta el punto intransigente para con las faltas del prójimo, haya olvidado que gracias a la aciaga escasez que hizo agonizar a mi hidalga cofradía hasta privar a sus caballeros desde la cera hasta la sepultura y a que tal desamparo la condujo a vuestro hospital, así la vuestra vino a esta iglesia del Señor Santiago.

Mientras la crispación de la grandilocuente disputa entre el caballero y el cofrade daba lugar a un amanerado claroscuro ante la perplejidad de los santos varones, el joven muchacho que servía de apoyo a la dulcísima Señora, a quien consideraba su Madre por encomienda del propio Jesucristo, procedió a darle

asiento para su descanso bajo el vegetal abrigo de uno de los frutales de la plaza. Al instante, como acude presta la abeja a libar el dulce néctar de la flor, un solitario y desvalido corderillo descarriado de los otros noventa y nueve que se congregaban en el rebaño dispersado por la tormenta, buscó el cálido aprisco de su majada en el maternal regazo de la Señora. La bella pecadora mujer flagelante cayó arrodillada sobre la húmeda tierra, que el áspero viento comenzaba a cuartear, y cubrió con su manto la desnudez maltrecha de su castigada espalda para acercarse a la Señora junto a las otras dos desconsoladas mujeres, quienes hacían el intento de recoger para sí su llanto al contemplar con admiración las virtudes de la fortaleza y la templanza en su faz serenísima.

–Se acerca ya la hora de tinieblas –intervino el rico y santo varón con voz conciliadora– y hemos de bajarle de la Cruz para enterrarle.

–¿Temen vuestras mercedes la hora de tinieblas? –interrumpió con sorna el cofrade penitente y rasgó sus sangrientas vestiduras como se había rasgado entre sexta y nona el velo de la Antigua Alianza–. Como en los cien años que así ha sucedido en el señorío antiguo de esta villa, la pasada noche de Jueves Santo partió de Santiago a la hora de tinieblas la cofradía de la Santa Vera Cruz para cumplir la orden que Nuestro Señor Jesucristo diera entonces a sus apóstoles: «Triste está el alma mía, triste hasta la muerte; quedaos y velad conmigo». Y la tristeza de muerte puso al tambor destemplanza y a la trompeta, toque de duelo; y los azotes de la penitencia de los hermanos de sangre, paz a su espíritu y conversión a los de quienes observaban; y la cera de los cofrades de luz disiparon las tinieblas, como por cien años lo han hecho ardiendo para Jesús Sacramentado, como arde de amor su Sacratísimo Corazón. Temen ustedes la hora de tinieblas, ignorando que en ellas se sume el alma cuando pecamos contra el cielo y contra Dios. Teman mejor sus propias injurias, teman ofender al Dios justo. Padezcan, como Él padeció derramando hasta la última gota de su Preciosísima Sangre y el agua de sus divinas entrañas, para quedar purificados de sus innumerables agravios. ¿O acaso son ustedes dignos de subir al Árbol de la Santa Vera Cruz para bajar a Cristo?

Las abundantes manchas de sangre reseca en el hábito del cofrade denotaban que su penitencia había sido la noche anterior tan severa como el tono de sus palabras y que, de haber lavado sus heridas para su sanación, jamás había conocido el hábito agua alguna, acumulándose en él la sangre como en su corazón el pecado de la soberbia hasta hacerle flagelarse para quedar aún menos limpio que al principio.

–¿Acaso es usted como los escribas y los fariseos que preguntaron a Cristo por qué comía y bebía con los pecadores? –prosiguió el santo varón, que bien conocía de primera mano el carácter fariseo–. ¿Acaso hemos de aguardar a que lleguen a bajarle los que están limpios como para tirar la primera piedra? ¿Ha de abandonar esta Señora al cordero descarriado para volver a su majada y contemplar allí a los otros noventa y nueve recogidos? ¿Acaso no hay más alegría en el cielo por uno solo que se convierta, más que por noventa y nueve justos?

Observa con cara roja,
si no puedes contenerla
la vergüenza, si ha de haberla,
sin que el alma se te encoja,
la curiosa paradoja
de Castilleja y su Cuesta,
que se hace más que molesta
hacia abajo que hacia arriba,
cuando el soberbio derriba
la humillación que detesta.

Ya todo está consumado,
se ha cumplido la escritura;
ya Cristo sube a la altura
del sepulcro destapado;
de mano en mano han pasado
su cuerpo en los escalones,
como los santos varones,
y en el vacío han dejado
del cristal y del dorado
al Perdón de los perdones.

Dime, «santo varón», dime,
si te das por aludido,
tú que hasta allí has subido,
si es tu orgullo lo que exprime
para esa carga sublime
tu fuerza como un molino,
si tendrías el atino
y hasta el Gólgota ascendieras,
¿la Cruz no se la subieras
ni a la mitad del camino?

Dime si crees que habrías
descendido al condenado
y aún haberle sepultado
igual en aquellos días;
dime si le subirías
si tus ropas se mancharan;
si después te señalaran
como amigo del juzgado,
si tú no habrías negado
al que tres veces negaran.

En el Santo Sacramento
dime si le reconoces,
si es que tal vez conoces
tan misterioso portento;
dime por qué en tu lamento
vas a verle, miserable
con promesa cuestionable
dirigiéndote al Calvario,
si está vivo en el Sagrario
esperando que le hables.

Sube corriendo a lo alto
y no bajes de esa nube;
que cuanto más uno sube,
más grande luego es el salto
y a la altura del asfalto,
del betún y la escombrera
se va enterrando certera
el alma así hasta los hombros
si en ella sólo hay escombros
en vez de Fe verdadera.

Quizá esa tarde funesta
también subirlo yo pida
a quienes toda la vida
lo han hecho de forma honesta;
y aunque «sí» sea la respuesta
entiendo, al fin, el error:
sólo soy un pecador,
el más ruin de los humanos
para tocar con mis manos
el cuerpo de mi Señor.

Y en tan febril desvarío,
preso de tales asedios,
al Señor de los Remedios
confieso el pecado impío:
—¿Adónde voy yo, Dios mío?!
¿Adónde voy yo mandando,
exigiendo y figurando,
si cada semana el jueves
en la iglesia de ocho a nueve
te me has quedado esperando?!—

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Bien habría servido el cariz de la discusión para dignamente hilvanar un cuadro de uno de los autos sacramentales de Lope de Vega o Calderón de la Barca; aún más si cabe cuando el tercer ensotinado descruzó las manos que había mantenido entrelazadas en el interior de sus anchas mangas y las extendió abriendo los brazos para intervenir y ser, como así parecía, el quinto en discordia:

–¡Paz y bien, hermanos, paz y bien!–y tal franciscano saludo justificó al instante el color entre pardo y gris de su hábito y los nudos de la soga que ceñía aquél a su cintura–. Hermano penitente, que con tu sangre riegas el árbol santo de la Vera Cruz que ya regó el propio Jesucristo: no quieras regarlo hasta encharcar la tierra y convertir en podredumbre sus raíces.

–¿Acaso porque el Divino Jardinero lo haya regado, he de abandonarlo a la suerte de la sequía y de las malas hierbas? –replicó el cofrade echándose mano al pecho para volver a rasgar sus vestiduras, no encontrando ya más que su propia piel–. Fueron sus hermanos pobres de san Francisco quienes desvistieron el espíritu, vistiéndolo de la desnudez de la pobreza; y esta compañía fúnebre es poco menos que una corte; pues, ¿no vienen dos ricos varones a pedir la sepultura de Cristo? Precisamente –prosiguió con cierta sorna volviéndose al caballero de Santiago–, pretende hacer tratos con ricos aquél que dejó la nobleza caballeresca de las armas por la pobreza del hábito peregrino.

–Te entretienes, hermano, en mirar dentro del saco del oro y las monedas en lugar de mirar dentro su espíritu –aclaró el hermano franciscano en tono conciliador–. ¿No se hospedó Jesús en casa del rico Zaqueo de Jericó, aquel hombre diminuto que no dudó en trepar a la deshonra de una higuera, cuyo fruto daba de comer a los cerdos, para ver a Cristo a pesar de exponerse a la vergüenza?

–¿Debo entender, pues, que los franciscanos plantaron aquí el árbol de la Santa Vera Cruz para que de él se alimentaran quienes adoptaran la pobreza de Cristo y la penitencia, y ahora pretende usted que todos los hombres, ricos e impenitentes, suban a sus ramas hasta troncharlas con el peso de sus abominaciones? –gritó exaltado el cofrade, que de haber podido se hubiera rasgado la piel del pecho. Y previendo que el franciscano estaría de acuerdo con el caballero en dar asiento en la iglesia del señor Santiago al Santo Entierro de Cristo y a la Soledad de su Madre, Santa María, Nuestra Señora, pensó en exculparse con la obligación de regresar al hospital del Sacramento para asistir a los malheridos penitentes de su cofradía. Así y con la intención de hacer gala del rigor de su corrección rindiendo sus respetos y condolencias a la bella Señora, inició su salida de escena con paso cadencioso hacia la calle de los Hayanes.

Mas se anticipó el franciscano a sus pensamientos y le detuvo su voz a sus espaldas, que refrenó su marcha repentinamente a poco más de un par de pasos entre sí y la dulcísima Reina, casi haciendo resbalar en el barro tanto sus pies como su soberbia.

–Recuerda, hermano penitente, el amor divino con el que nuestro padre san Francisco cantó al agua límpida y a las hierbas con que has de curar en ungüentos las mortificadas carnes de tus hermanos cofrades; pues donde hay caridad y amor, allí está Dios.

En ese mismo instante, en el que apenas se atisbaba por poniente el tímido fulgor de las entumecidas brasas del astro ya excombatiente y en el que el franciscano aludía al *Cántico de las criaturas*, todo el reino vegetal que se hallaba presente en la hermana tierra de la plaza creció y extendió su verdor hasta postrarse ante la gran Señora, reconociéndola como Madre y Reina de toda la creación. Todas las flores de apreciado perfume, la rosa, el clavel, la azucena, la gardenia, el jazmín y el nardo, se entrelazaron como en un fraternal abrazo, juntándose en escogidos ramos que exhalaban su olor celestial a la Madre y Virgen, gran prodigio, maravilla sin igual. De su interior surgieron enjambres de abejas que, alimentadas con la dulzura del néctar y preñadas con la de la miel, fundieron su cera rizándola en otros tantos ramos que competían en perfección y belleza con los anteriores. Se despejaron los cielos y cayeron todas las estrellas que había en ellos hasta la tierra: unas prendieron la cera creando un bosque de luz ante la Señora y doce de ellas circundaron su cabeza. Cuando no quedaba ni una sola en la bóveda celeste, se precipitó la luna llena de la Parasceve hasta quedar detenida bajo sus pies. Y entonces, iluminados por su argénteo reflejo y prendidos también de tal sobrehumano ardor, los cardos y las hierbas más toscas se encendieron en ascuas doradas y treparon por el negro luto de los vestidos de la gran Reina, abrazándose sus hojas y sus tallos con la trama y la urdimbre.

Sobrecogido por tan sublime y apocalíptica visión de la Señora y viendo cómo su soberbia amenazaba aún más oscuridad para con su alma que la hora de tinieblas sobre la plaza, el cofrade penitente de la Vera Cruz de Santiago juntó las manos entrelazando sus dedos a la altura del pecho y tras un suspiro de más desdén que de resignación se exculpó diciendo:

–Cumplida está mi penitencia y la de mis hermanos, y es menester que regrese al hospital para curar sus llagas; hagan, pues, lo que tengan que hacer y sea Dios el juez justo de vuestros actos –y no acertó así a pronunciar pésame alguno, puesto que en sus otrora rigoristas pensamientos hacia la entristecida protagonista del duelo reinaba ya el fresco recuerdo de su transfiguración.

De nuevo, el franciscano, quien conocía de primera mano en su corazón la confortación de su espíritu tras la penitencia y el ardiente amor por aquella Señora, advirtió raudamente el instante propicio para abrir de par en par las anquilosadas puertas del endurecido corazón del penitente:

–Y recuerda también, hermano, el mayor tesoro que trajimos los franciscanos a Castilleja –comenzó su prédica con una oratoria más persuasiva que la propia de los padres predicadores dominicos–: mira ahí, pues, a la Madre lacrimosa junto al árbol de la Santa Vera Cruz, de donde aún pende su Hijo, esperando humilde y paciente a quienes tengan la caridad de bajarle para poder darle sepultura; la que podría orar al Padre, al Hijo o al Esposo para que lo hiciesen las legiones divinas, la Reina de los ángeles; la que ves hierática e impasible, guardando para sí hasta el quinto de los dolores que ha padecido junto a todas las cosas que guardó en su corazón, sin que las lágrimas resbalen por sus mejillas dejando su reguero de plata, como el que deja tras de sí el lento caminar del

caracol, lento como el martirio del Hijo y de su Madre, la Reina de todos los Santos Mártires; la más desdichada de toda la humanidad, condenada cada día a ser despojada de su Hijo para su inmoción en el sacrificio de la Eucaristía; la Madre crucificada, aflicta, abandonada, desolada, llena de angustias, consumida por el infortunio, clavado su corazón a la Vera Cruz y en su pecho la espada, cuya entereza de Madre admirable hemos sido incapaz de admirar los pecadores, la que es fuerte como la Torre de David.

Y ni uno solo de sus innumerables y agudos padecimientos ha hecho mella en su hermosura de Torre de marfil; pues Dios reservó el mayor de dolores para su más perfecta creación entre los hombres. He ahí el tesoro que mis hermanos pobres de san Francisco, menores y terciarios, dejaron en Castilleja junto a la pobreza y la penitencia de la Vera Cruz: la Concepción Inmaculada de La llena de gracia, por Dios concebida perfecta sin la mancha del pecado original para ser la rosa escogida como sagrario primero, como Casa de oro, Arca de la Nueva Alianza, Trono de Sabiduría, como espiritual y honorable Vaso que encerrara en sí al Cordero; para que su carne mortal soportara la Soledad infinita; pues tal misterio de su Purísima Concepción sería tan sólo una entelequia que en sí misma no tendría ningún sentido si después no se hubiese cumplido la Escritura; de nada hubiera servido el celeste de su pureza si después no se hubiera derramado hasta la última gota del rojo de la Preciosísima Sangre de su Hijo, como el celeste de los cielos sólo puede verse cuando lo iluminan las ascuas rojas del sol.

Ella siempre esperó humilde y paciente los planes de Dios, desde que el ángel la saludara «Ave María» hasta el desamparo en el que la ves ahora, sin que tú le permitas dar Santo Entierro a su Hijo para quedar sumida en la más profunda Soledad. Hermano penitente, sé como los padres franciscanos descalzos o alcantarinos de Nuestra Señora de la O, que así en su corazón como en su convento de la calle del mismo nombre, darán posada a la Madre de Dios que fue pura y limpia en su Concepción tan sólo para concebir en sus purísimas entrañas al que habría de nacer sobre la pobreza de las pajas de un pesebre de bestias, al que en su cruel agonía habría de dar a su Madre como Divina Pastora de Nuestras Almas, la Madre de los franciscanos capuchinos. Y he aquí el tesoro por el que se regocijarán todas las generaciones de franciscanos, menores, terciarios, descalzos y capuchinos, de haber traído a Castilleja atravesando las aguas del océano desde el Nuevo Mundo: el dar cada diciembre posada a la Pastora más hermosa, que con el frío, la nieve y el hielo, camina durante nueve jornadas llevando en su vientre al Rey de la gloria.

¡Benditos los franciscanos,
almas mil veces benditas,
que dieron a Castilleja
la Virgen en Jornaditas!

Benditos los franciscanos,
pobres hermanos y legos,
sabiendo que toda pura
desde tu instante primero,
la más perfecta criatura,
te creó así el Padre Eterno,
te proclamaron sin mancha,
lo defendieron con celo
por todo el orbe cristiano
y te pusieron un manto
con el color de los cielos.

Así te pintó Murillo
con sus pinceles certeros,
mezclando celeste y blanco
en tus vestidos al vuelo
por que te vieran vestida
en iglesias y museos
con ese tono cerúleo
que con el blanco hace juego;
ahora nadie se asombre
porque pronuncie tal nombre:
celeste, el azul del cielo.

Aquí algunos quizá piensen,
y a la Plaza me refiero,
que ese dogma no es contigo,
que no fue limpio tu seno
concebido para ser
aquel sagrario primero,
como la rosa escogida
del eterno jardinero;
y es la absoluta verdad,
Virgen de la Soledad,
que eres pura como el cielo.

¿De qué sirve, Madre mía,
gritando hasta el do de pecho,
cantar *Yo tengo una madre*
sin ni siquiera creerlo?
¿Cómo va alumbrar el faro
refulgente al marinero
si no está limpio el cristal
para filtrar sus reflejos?
Por eso, Madre, es tan pura
tu inmaculada blancura
más que el sol que hay en el cielo.

Y así, de azul o celeste,
cada diciembre postrero
tu manto demuestra que
ningún color tiene dueño
y alguna que otra jornada
lo tiendes con grácil gesto
sobre el lentisco y el corcho
dejando al pastor perplejo;
y es quees verdad asumida,
que estás tan favorecida
con el celeste del cielo.

Pero es que antes que Murillo
también te pintó Pacheco
vestida de azul y rojo,
del rojo del firmamento
cuando cansado y rendido
va muriéndose de sueño,
y el arbol de las nubes
prende la tarde de fuego,
y Tú te vistes, Señora,
con pellica de pastora,
y manto de rojo cielo.

Y así, las nubes cercanas
como de frente a un espejo
se maquillan de naranja,
de rosa y malva a lo lejos;
tal celestial maquillaje
que su algodón va tiñendo
pone color a tus trajes
al terminar el Adviento
y vistes en Jornaditas
esos tonos coloristas
de atardeceres del cielo.

Después ya todo se apaga,
se impregna el pincel de negro
para pintar de tinieblas
de la luna los terrenos;
el Viernes Santo es tu manto,
que las Antúnez cosieron,
y en el mes de los difuntos,
sumida en profundo duelo,
el luto qué bien te sienta,
porque el negro de tus prendas
es de la noche del cielo.

También te guardo un piropo
si de verde te contemplo,
porque en los cielos polares
lo derraman con acierto
las auroras boreales
convirtiendo el universo
en un prado de esmeraldas
de césped cortado y fresco;
que no se extrañe la gente,
que el verde, acertadamente,
también es color de cielo.

Pero el cielo también es
la tormenta y el trueno,
el relámpago y la lluvia,
lo transparente del viento,
porque todo es creación
del que es Creador supremo,
que tan hermosa te hizo
poniendo todo su empeño
para que bien te sentaran,
si acaso te los probaran,
hasta los grises del cielo.

Ningún color se resiste
al de tus labios perfectos,
al de tus tiernas mejillas
al de tu frente y tu cuello,
al de tu sien coronada,
al de tus bucles morenos,
al de tus cejas tupidas,
al del suave terciopelo
de tus pestañas rizadas
que ocultan tras esos velos
el color que hay tus ojos
de misericordia llenos.
Y aquél que no quiera ver
más que un color en el cielo
a todas luces declara
que es el mayor de los ciegos;
y en esa rica paleta
de celestiales pigmentos
formando un gran arco iris
para revestir tu cuerpo,
cada color de esa gama
a porfía te proclama
¡oh, Tú, la Reina del cielo!

Ave María Purísima
Sin Pecado Concebida

Huyendo del negro cortinaje de tinieblas que venía corriéndose desde Sevilla, el expirante resplandor postrero terminaba de exhalar su último aliento, cuando ya se encontraba todo dispuesto para descender a Cristo. Los santos varones habían prendido varias teas que manchaban de luz la plaza y de donde El solícito caballero de Santiago tomó con una fina mecha de algodón un poco de luz para prender la cera de unos pocos faroles de su cofradía, que había sacado de la parroquia. Con ellos se alumbraban las tristes santas mujeres en sus labores de costura de la mortaja de Cristo, cuyo níveo blancor era orillado en suaves ondas por el viento ya sosegado. La dulce Señora había abandonado la quietud de su descanso bajo el árbol para con la ayuda de su joven ahijado recorrer los pocos pasos que les separaban de la puerta del templo, donde la mujer penitente de los hermosos cabellos quemaba incienso de aromáticas hierbas para endulzar el aire cargado de pesadumbre.

Bastaron tímidos gestos de cabeza entre aquellos hombres. Los santos varones, el caballero y el fraile franciscano penetraron en la iglesia del Señor Santiago, cuyas puertas abiertas como las fauces de una criatura colosal mostraban la espesa negrura de sus entrañas. Cuatro hombres entraron, mas cinco salieron, Dios y Hombre verdadero el quinto, entre las grises espiras del incienso. El ilusorio velo negro de la puerta fue rasgado por el extremo de la Cruz, tendida en horizontal y suspendida sobre los hombros de sus cuatro portadores; y sobre ella, con los brazos abiertos en su último abrazo y muerto, Cristo. Lo sostenía en primer lugar y por el brazo más largo del madero el caballero de Santiago, que recostaba su cabeza sobre los gélidos pies de Jesús tratando inútilmente devolver el calor de la sangre a su amorada carne. Detrás, los santos varones cargaban uno en cada extremo el otro brazo mientras intentaban con la misma intención que el caballero entrelazar sus respectivas manos con las de Cristo, que ya se encogían con firmeza por el rigor de la muerte en torno a los clavos que las perforaban. Y, finalmente, el franciscano portaba la parte superior de la Cruz y sostenía la divina cabeza de Jesús, manteniéndola inmóvil sobre el madero. El cadáver del Hijo de Dios tendido sobre la Vera Cruz semejava una horrible paleta de tristes y apagados colores que parecían haber sido mezclados sin orden ni concierto: morados pies y manos, entre verde y carne el resto del cuerpo, grises y cuarteados los labios, salpicado todo de tierra marrón y rojo de sangre, seca y negra en la barba. La dorada luz de las teas ardientes perfilaba de sombras lo hundido del vientre y los surcos de las costillas en su pecho hinchado, como los de un campo arañado por el arado.

Con la cabeza ni de frente ni baja y la mirada perdida, ninguna palabra podría describir la expresión de los rostros de aquellos cuatro hombres, que detuvieron sus lentos y breves fúnebres pasos ante el agujero abierto en una gran piedra. Entonces procedieron a alzar la Cruz a la vez que introducían el vástago en el agujero, haciendo brotar de él, como de la llaga del divino costado de Cristo, el agua de la que la lluvia lo había colmatado y que para alivio de los presentes sirvió para amortiguar el, de lo contrario seco, golpe del leño contra la piedra. Cuando comenzó a elevarse el crucifijo y el franciscano hubo de soltarlo el primero mientras

el caballero y los santos varones empujaban para dejarlo completamente erguido, la cabeza de Cristo se desplomó hasta clavar la barbilla en el pecho para espanto de aquellas tristes almas. Y el caballero cayó rendido ante él en adoración. Los santos varones asieron las escaleras de mano y apoyándolas sobre el travesaño del madero comenzaron a subir con tal cautela como si sus peldaños de madera fueran a quebrarse; mas al pisar cada uno de ellos se producía un desapacible crujir que no era posible discernir si procedía de la madera o de los huesos y que tornaba los rostros de los presentes en una mueca de espanto; todos menos uno, el de la dulce Señora, que con su ahijado se colocaron uno a cada lado del crucificado al pie de las escaleras. En la inestable tribuna del último peldaño, los santos varones tendieron un blanco lienzo desde el travesaño de la Cruz que pareció vestirla con la estola del Divino y Eterno Sumo Sacerdote, la cual al abigarrarse en gruesos pliegues y bullones sobre la cerviz de Cristo semejaba la oveja que en ella cargaba como Buen Pastor.

Y a unos pasos de distancia, en el árbol bajo el que la celestial Señora había descansado su congoja, como queriendo aferrarse a cada resquicio de corteza humedecida que Ella hubiese templado con el calor materno de su cuerpo, aguardaba cual arrepentido Judas colgado de una rama el cofrade penitente de la Vera Cruz. Atormentado y a la vez todavía en parte absorto en el recuerdo de su apocalíptica visión, que mantenía en su retina como una marca de agua, contemplaba el ya casi barroco cuadro. En él, doradas por la luz de las antorchas, las figuras se recortaban contra el imponente y negro telón de fondo que ofrecía el arco apuntado de la puerta del templo, abruptos claroscuros que bien podrían haber inspirado a los tenebristas Ribalta y Ribera y al mismísimo Caravaggio.

Todos aguardaban en silencio la voz de franciscano, subido al improvisado y pétreo púlpito de la roca que mantenía en pie el madero, cuando se levantó una suave brisa que pasó de puntillas sobre las teas haciéndolas titilar con estrépito hasta hinchar el blanco lienzo que pendía de la Cruz y la cerviz de Cristo como si fueran dos inmensos pulmones, como si Dios Padre hubiese tomado un profundo suspiro antes de dar su consentimiento para descender al Hijo. Echada la brisa y quietas las llamas y el lienzo, el fraile, habiendo ya pronunciado su sermón al penitente, creyó oportuno no retrasar con otro más el descendimiento, antes de que las teas y la cera de los faroles se consumieran y les dejaran perdidos en la inmensa oscuridad de la plaza.

Dios abrió los labios del franciscano y su boca pronunció su alabanza:

–Te adoramos, Cristo, y te bendecimos;

–que por tu Santa Vera Cruz redimiste al mundo –contestaron los presentes.

Comenzaron los santos varones por quitar el sarcástico letrero que exponía con sorna y maledicencia la causa de la injusta condena del reo; y no teniendo a quién dejárselo a tanta altura, lo sostuvieron dos ángeles de Dios que, sentados

sobre el travesaño de la Cruz, asistían en la tarea mientras alumbraban con sendos faroles. Con objeto de no enganchar el lienzo en sus punzantes espinas, retiraron de la cabeza de Jesús la corona, enroscada como una serpiente alrededor de su presa. Al descender los peldaños de su escalera para entregarla a la dulce Señora, el rico varón advirtió que estaba a punto de ceder la corta sogá que fijaba el breve paño empapado de sangre a las caderas de Cristo; y quitándose el suntuoso manto de su cabeza, cubrió su desnudez. Pasaron el lienzo alrededor de su pecho hinchado y rodeándole sus maltrechos hombros lo anudaron con fuerza al centro del madero. Y ya entonces el rigor de la muerte había paralizado el cuerpo de Cristo, rígido y frío como un témpano de hielo; sólo podían serle movidos los brazos por sus hombros dislocados.

–¡Salve, dulce leño; salve, dulces clavos, que sostenéis tan dulce peso! –alabó el franciscano induciendo a los varones a proseguir con tales objetos. Y al ser extraído el clavo de la mano diestra del Redentor, su rígido brazo se desplomó con apresto hasta abrazar al fraile, que rogó diciendo–: Cuerpo de Cristo, sálvame.

–¡Su diestra es poderosa! –exclamó el santo varón.

–Hace proezas con su brazo –proclamó la gran Señora, dejando oír por primera vez en la tarde noche su voz, más dulce y excelsa que la de los serafines–; dispersa a los soberbios de corazón –y el endurecido corazón del cofrade penitente escuchó la voz de Dios a través de la de su Santísima Madre.

El campanero de la iglesia del Señor Santiago, exonerado de su labor por las rúbricas de la liturgia del Viernes Santo que prohibían el tañido de las campanas, contemplaba desde la altura de la torre en compañía de los cuervos el prodigio luminoso que convertía la plaza en un inmenso mar de luz en el que desembocaban los ríos de luminarias que subían contracorriente por todas las calles que en ella fenecían; y es que los vecinos de la villa acudían en masa intrigados por lo ceremonioso y dramático de la escena. Aquellos que primero llegaron, conmovidos por la letanía de alabanzas del franciscano, se sumaban adorando las llagas que dejaban huecas los clavos una vez sacados de entre el hueso y la carne de los pies y manos de Jesús. El resto, como un enjambre de luciérnagas temblorosas, se agolpaba copando toda la cerca de la plaza hasta el punto de que los últimos congregados quedaban a bastantes metros de distancia de la iglesia y les inquietaba el siseo, de lejos incomprendible, de las oraciones de los más próximos a la escena del Descendimiento. Entonces, comenzó a levantarse un incesante y creciente murmullo de quejas, preguntas y conversaciones ajenas, que hubo de acallar el campanero con la enorme matraca del campanario. Temible aún más que si aquel tumulto hubiese cada uno redoblado la piel de un tambor hasta hacer vibrar la plaza en remembranza del temblor en que Dios la había sacudido a la hora nona, su estruendo ensordecedor puso silencio a aquellos cientos de bocas, unas abiertas por la sorpresa y otras frunciendo de pavor los labios, e hizo huir a los cuervos, que estuvieron yendo y viniendo por doquier hasta que se secó el barro de la plaza.

Con los cuervos huyeron todas las afrentas e injurias de aquel pueblo, aún temeroso del rigor de Dios y viendo tal conmoción en la muchedumbre y advirtiendo vulnerables sus corazones, el fraile franciscano retomó el sermón:

Silencio se hace en la tarde
de otro jueves del Señor
cuando el negro y el dolor
hacen de luto un alarde;
la mecha del cirio arde
igual que su Corazón
presintiendo la Pasión
puso en el Huerto el empiezo
del Vía Crucis el rezo
con la primera estación.

Silencio se hace en la plaza,
con tristes toques a duelo,
la noche se ha puesto un velo
enlutado que en sí abraza
a la tarde y la desplaza
más allá del horizonte
donde se vislumbra el monte
Calvario orlado de nubes,
donde aguardan los querubes
a quien con Cristo confronte.

Silencio dije que había,
mas no sé de él que ha sido,
el velo se ha descornado
y hay rumor y algarabía;
como aquella jerarquía
de sacerdotes y ancianos,
fariseos y escribanos
que de Cristo se burlaban
y con sorna le increpaban-:
¡Desclava tus pies y manos!-

¡Silencio, pueblo cristiano!
¡Silencio!, que Cristo pasa
y ya la muerte traspasa
al que es divino y humano.
¡Silencio!, el Rey soberano
está de cuerpo presente
y hay un murmullo insistente;
¡¿quién será, pues, el difunto,
de enterrarlo están a punto
y no se calla la gente?!

¡Silencio! pues no es cualquiera
sino el Hijo de Dios Padre,
que en Soledad a su Madre
la ha dejado prisionera.
¡Silencia tu lengua fiera
no perturbes su descanso!,
pues están en el remanso
sus Remedios de la muerte
del Santo Dios, Santo fuerte,
inmortal, Cordero manso.

¡Silencio, guarda silencio!,
por ello no te incomodes;
que ante las burlas de Herodes
lo guardó Él en tal desprecio;
mas tendrá que haber un necio
que dando voces y gritos
renueve cruel los delitos
que contra Dios cometieron
y que aun así merecieron
sus perdones infinitos

¡Silencio, en tu rebeldía
cállate y haz oración
que ha pasado otra estación,
ni una hiciste todavía!
Sigue, pues, la melodía
que canta-: ¡Perdón, Dios mío!
¡Perdona a tu pueblo impío
que callar no sabe cuando!
¡Tú, que mueres perdonando,
perdónale su extravío!-

¡Silencio ya, Castilleja!
¡¿De qué tendrás hoy que hablar
si a Cristo van a enterrar
y hacia su tumba se aleja?!
Escucha la moraleja,
que este aquí se exalta
te la dice hoy en voz alta-:
¡¡Cállate ya, pecador,
que está pasando el Señor
y va muerto por tu falta!!-

Santo Dios,
Santo fuerte,

Santo inmortal,
líbranos, Señor,
de todo mal.

Hecho el silencio en la plaza, aquella conversa y convicta muchedumbre se estremecía con cada uno de los severos golpes que los santos varones asestaban con el martillo a la cabeza roma del clavo, engatillada para impedir que todo el peso de la Redención en el cuerpo inerte de Cristo venciera así y lo sacara. Exento ya el último de los clavos, el cadáver inmóvil y pendiente de la cruz por el lienzo, semejava una macabra marioneta. Tras soltar lo anudado del tejido, emprendieron con gran pausa el descenso soltando palmas de lienzo, como bajando un balde a las entrañas de un pozo, hasta que el cuerpo del Salvador quedó en manos del caballero de Santiago y del franciscano, que parecía querer perpetuar su abrazo.

Prestas, las santas mujeres iniciaron con solicitud las caridades y misericordias para con el divino finado. Con un paño perfumado de esencias y ungüentos limpiaron las heridas e hinchazones de su rostro, suavizando así la terrible expresión que el dramático maquillaje de sangre y tierra había impreso en él. Las dos tocadas con respetuoso velo de luto bajaban la cabeza para que tras él quedara oculto el hiriente escozor de sus mejillas al roce de sus lágrimas incontenibles. Lo mismo hicieron con el resto de su maltrecho cuerpo, besando cada una de sus llagas como besaba sus pies la tercera mujer tras haberlos lavado con perfumes y secado con su propia y hermosa melena.

Libre ya la piedra del simulado Gólgota de la presencia del franciscano y tan sólo ocupada por el árbol santo de la Vera Cruz, capaz por sí de enraizar en la dura hostilidad de la roca, el joven muchacho sentó en ella a la pobre Madre. Sobre su maternal regazo los santos varones dejaron el cuerpo de su Hijo, mientras las santas mujeres perseveraban intentando ya en vano adecentar lo imposible de su cruenta desnudez. Y así, la Madre, llena de angustias, sostuvo al Dulcísimo Cordero sacrificado por la misericordia del Dios que se acordó de lo prometido en favor de la descendencia de Abraham, como el Buen Pastor sostiene con piedad y se lamenta por la oveja que los lobos hirieron de muerte.

Incapaces de mantener la vista sobre la piadosa y a la vez desgarradora escena, los santos varones tomaron una de las dos escaleras que permanecían reposando sobre el travesaño de la Cruz y uno por cada extremo la sostuvieron en horizontal mientras que las santas mujeres echaban sobre ella la blanca mortaja, preparando así el lecho de las nupcias de Jesús con la muerte. Tras dejar vacío el regazo de su de su abrumada Madre, que en ese instante sintió como le arrebataban el corazón de su pecho, el franciscano y el caballero de Santiago posaron a Cristo sobre las andas. Y viendo las santas mujeres que su divina cabeza quedaba suspendida entre peldaño y peldaño, tomaron sus negros velos y con ellos cubrieron las dos caras de un improvisado cojín, cuyas mullidas entrañas compusieron con el paño que había secado y ungido la Santa Faz del Salvador.

Dispuesto ya todo al fin para dar sepultura a Cristo, comenzó a formarse el fúnebre cortejo de su Santo Entierro. En el oscuro interior de la iglesia resonó el eco del sonido entre cristalino y metálico de la campanilla que solía tocar el cofrade de

la Vera Cruz para avisar a quienes encontrase a su paso que el cura portaba el viático del Sacramento para la comunión del moribundo; mas esta vez era al propio difunto a quien acompañaba la campanilla. Hecha la señal, el caballero de Santiago tomó con fuerza la Santa Vera Cruz y, tras haberla sacado del seno de la roca, la alzó poderosamente como el estandarte del Rey de los ejércitos e inició con paso firme la marcha de la comitiva, abriéndose camino entre la muchedumbre y precedido por el cofrade penitente agitando la campanilla. Desde la torre, el campanero, que hubo de refrenar la inercia de la costumbre de tañer a duelo las campanas, observaba maravillado cómo las luminarias de los presentes en la plaza se apartaban al paso de la Cruz, como si una gigantesca vara removiera las ascuas de un colosal brasero. Al ver en alto enarbolado el signo de su victoria, los demás cofrades de la Vera Cruz de Santiago que se encontraban congregados en la muchedumbre de la plaza salieron prestos a adorarla y se incorporaron tras ella arrastrando en señal de duelo sus madejas de algodón aún teñidas de sangre con las que se habían disciplinado la noche anterior.

Entonces, los santos varones, con las escaleras en las que portaban a Cristo suspendidas con sus manos, avanzaron con el cadáver del Manso Cordero, como si éste hubiera sido una res que, sacrificada en el plaza, por su bravura diera la vuelta al ruedo arrastrada por los cabestros. Mas parecía no pesar su aplomo sobre aquellos dos que le portaban y una fuerza de inefable naturaleza sostenía su muerte en el mudo trance del equilibrio de la gravedad. La blanca largura de la mortaja, que sólo cubría la escalera y dejaba al raso al Señor para que todos pudieran contemplarle y conmovirse con el reflejo de la luz de las teas en sus vidriosos ojos entornados, se arrastraba sin recibir mancha alguna del barro que la muchedumbre había amasado con sus pies. Caminaban a la par, flanqueándolo, dos de las santas mujeres con las manos entrelazadas en oración, que solo soltaban para aferrarse a la escalera. Detrás, la entereza de la pobre Madre seguía a su pobre Hijo con los tres clavos y la corona de espinas en sus manos y su ahijado sosteniéndola del brazo, acompañados por la otra santa mujer, la bella pecadora penitente que portaba en sus manos como su pelo los perfumes de los bálsamos. Por último, cerraba el cortejo el franciscano, que ocultaba su hábito entre gris y pardo con una gran capa negra que también arrastraba en duelo por el barro. Tras haber recorrido la cerca de la plaza, conmoviendo con su poderosa sombra en las paredes a los que aún no alcanzaban a ver a Cristo, la Vera Cruz quedó de nuevo enhiesta sobre la roca y, apartándose los cofrades, los santos varones se detuvieron en seco ante las voraces fauces de las puertas de la iglesia y con ello se desplomó el brazo diestro de Cristo hasta tocar la gran roca con el dedo índice, haciendo brotar al punto un grueso capullo de rosa, del rojo de la sangre. Y callada la campanilla, introdujeron al Señor en las entrañas del templo, magno sepulcro para su merecido descanso.

La muchedumbre comenzó a dispersarse con el toque de la campanilla, que ni habiendo ya ni entierro ni viático para el impedido, rogaba oración por el descenso de Cristo a liberar a las ánimas en pena. Y vacía ya la plaza, ante la vacía Vera Cruz quedó la Madre desolada contemplando los clavos y la corona de espinas que aún sostenía en sus manos; en la más infinita Soledad.

Madre llena de dolor, haced que cuando expiremos
nuestras almas entreguemos en los brazos del Señor.

En la roca del Calvario
dura, estéril y baldía,
tras la lluvia y la tormenta
que han ahogado su sequía,
hay un capullo de rosa
que al gran dragón desafía.

Rosa de siembra divina,
en cuyo tallo tronchado
una tras otra han brotado
hasta la séptima espina.

Allí el costado de Cristo
su sangre derrama en ella
y el blanco que prisionero
en sus pétalos se encierra
se va tiñendo de rojo
al mismo son que la tierra.

Rosa de Sangre preciosa
del Vaso ya derramado,
Cáliz que Dios ha trocado
en un capullo de rosa.

Tan solo en su Soledad
ese capullo ha quedado,
lo viene Dios a cuidar
cubriéndolo con un palio
para que guarde el calor
la noche del Viernes Santo.

Rosa entre todas las rosas
flor de entre todas las flores
que aun marchita en sus dolores
supera las más hermosas.

Ni el vergel del Paraíso
es más bello que esta rosa,
pues el invierno y sus fríos
no la hielan ni deshojan
dejando intacta en sus pétalos
la color de sangre roja.

Rosa por Dios escogida
que tan perfecta la hizo
que no perturba el granizo
su belleza enrojecida.

Esta Rosa de Pasión
que tiene las Llagas todas
y los clavos del Señor,
ha tejido en la corona
de espinas del Redentor
otra corona de rosas.

Rosa, a quien ciento cincuenta
rosas le ofrece el Rosario;
Rosa, que dio en el Sagrario
la miel que al alma alimenta.

Porque es vida tal dulzura,
nuestra esperanza, sus mieles;
vuelva a nosotros sus ojos
de Eva y de Ella, hijos fieles,
que lloramos desterrados,
amargos por tantas hieles

Rosa del mejor rosal,
Rosa de su Castilleja
que la cuida cual la abeja
mima su dulce panal.

En virtud no le hace sombra
la rosa de Alejandría;
más que la rosa de té
su aroma al aire trasmina
aunque su tierno capullo
cerrado esté todavía.

Rosa de mística esencia,
rosa que al mundo perfuma
con el amor que rezuma
al brote su descendencia.

Más que la fuente, sellada;
más que el lirio de los valles,
que el narciso de Sarón,
que el huerto de los nogales,
es hermoso este capullo
del cantar de los cantares.

Rosa, del cielo pensil,
con rocío de mañana
regada Rosa temprana,
la Rosa del mes de abril.

Hizo Dios la paradoja:
que el mismo Sol que ha cuajado
la primera y tierna yema
de este rosal germinado
naciera tras nueve lunas
en el capullo encerrado.

Rosa que el brote nos dio
para la vida infinita,
como también resucita
la Rosa de Jericó.

El sol a los girasoles
hace girar la cabeza;
mas cuando pasa esta Rosa,
se giran hasta las piedras,
y el azahar al naranjo
pone zarcillos de perlas,
florecen los arriates,
se desbordan las macetas,
la plaza es campo florido
de claveles y azucenas
de lirios y de amapolas,
y toda la primavera
en las jarras de su paso
viene ya florida y prieta
y vienen sus bambalinas
meciendo con gracia a espuestas
bordados en mil puntadas
sus ramos de flores frescas.
Mas, en medio del vergel
que su palio enseñoera,
se yergue enhiesto el capullo
que en sus pétalos aprieta
la noche del Viernes Santo
todo el dolor de la tierra.
Si es hermoso este capullo
aun cerrado en su tristeza
¿cómo no será el domingo
cuando su rosa florezca?

Lluevan pétalos de rosas
de balcones y azoteas
que florecida de llanto
viene llorando su pena
tan sola en su Soledad
la Rosa de Castilleja

Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de nuestro Señor Jesucristo
y todos los dolores de su afligida madre, María Santísima, Nuestra Señora.

Pasaban ya largas horas de la medianoche del sábado al domingo cuando en el aire flotaba un cálido aroma a puchero y a sopas de ajo, que hervían a borbotones en la lumbre de los hogares para entonar los cuerpos destemplados por la vigilia y el mal tiempo. Esperando el ansiado repique de campanas de la iglesia del Señor Santiago, los vecinos del señorío antiguo de la villa de Castilleja apuraron los últimos sorbos del reconfortante caldo frente al calor de la leña ardiente para levantar a los hijos de sus jergones. Con el sutil pretexto de que se había muerto el Señor y estaban sueltos los demonios por la calle, los niños, atemorizados, habían sido por sus padres mandados muy temprano a dormir para despertarles a la hora de rigor en la que la cofradía de la Vera Cruz de Santiago celebraba de madrugada Misa cantada con el Santísimo de Manifiesto.

Ya había regresado el campanero a su atalaya cuando despuntó la aurora por Oriente y las campanas de Santiagodespertaron de su letargo forzoso para anunciar la buena nueva a Castilleja. En la cerca de la plaza, por supuesto libre de demonios y otras criaturas del abismo infernal cuya sola mención disipaba cualquier atisbo en las mentes infantiles de hacer la más mínima travesura con nocturnidad, aparecían cientos de figuras ataviadas con capas o tocas para combatir el penetrante frío de la madrugada que se dirigían prestas a la iglesia para cumplir con el precepto. El perezoso resplandor del alba liberaba a los cofrades de portar las luminarias; por lo que, desde la torre, la plaza semejaba un gran plato de grises cenizas de las ascuas consumidas la noche del Viernes Santo.

Y con los cofrades llegaron las santas mujeres con nuevos perfumes para unguir al Ungido por Dios con el Espíritu Santo, temerosas de que el temporal de los días pasados hubiese dejado en su Santo Sepulcro el denso olor de la humedad. Mas al llegar a las puertas del templo, vieron ante ellas a dos soldados de la centuria romana durmiendo el sueño de la embriaguez, recostados sobre la gran piedra que había sostenido la Santa Vera Cruz y que parecía haber sido desplazada por una fuerza poderosa e invisible. En el interior de la iglesia y en torno al sepulcro, vacío de su morador, donde sólo permanecía el negro cojín sobre la sábana del lecho, los cofrades litigaban con inquietud con el caballero de Santiago por el retraso de su misa de reglas ante tal acontecimiento. Desconcertadas, las santas mujeres corrieron en busca de los santos varones y del joven ahijado de la dulce Señora para anunciarles lo que ya pregonaba henchido de alegría el campanero. Al regreso de la nerviosa diligencia a la iglesia, el joven muchacho buscaba desesperadamente a su nueva Madre cuando la halló absorta en contemplación del sagrario ya vacío; pues ya se encontraba Jesús Sacramentado en manos del franciscano recorriendo la plaza con los cofrades de la Vera Cruz que guiñaban los ojos con el radiante sol matutino. Entonces, gritó con júbilo:

–¡Alégrate, Reina del cielo, porque ha resucitado! –y el alma de la Señora se turbó como lo hiciera ante el saludo del ángel y sus vestidos tornaron del luto a la alegría del blanco de su saya y el rojo de su manto.

Y al ver la blanca hostia del Sacramento, varones y mujeres exclamaron:

–Anunciamos tu muerte; proclamamos tu resurrección –y lo repitieron así durante cuatrocientos cincuenta años.

Ya está la rosa temprana
floreceda de alegría,
que Cristo en la Eucaristía
ha remediado a su hermana,
pues hijas la raza humana
de la misma mujer pía
que Jesús en su agonía
nos dio por Madre y Pastora
y es Nuestra Reina y Señora,
la Soledad de María.

Este PREGÓN fue

terminado	el Miércoles de Ceniza,	día 1;
revisado	el Jueves del Señor,	día 2;
impreso	el primer viernes de Cuaresma,	día 3 y
pronunciado	el primer Domingo de Cuaresma y primer día del Septenario Doloroso a Ntra. Sra. de la Soledad,	día 5 del mes de marzo

del Año del Señor de 2017,

en el 450 Aniversario de la fundación
de la Hermandad de la Soledad y Santo Entierro